

Etxahun Galparsoro

Prólogo de Benito Bermejo

BILBAO EN MAUTHAUSEN

*Memorias de supervivencia
de un deportado vasco*



CRÍTICA

Etxahun Galparsoro

BILBAO EN
MAUTHAUSEN

MEMORIAS DE SUPERVIVENCIA
DE UN DEPORTADO VASCO

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: enero de 2020

Bilbao en Mauthausen. Memorias de supervivencia de un deportado vasco
Etxahun Galparsoro Ansola

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Etxahun Galparsoro Ansola, 2020

© de los mapas, Àlvar Salom, 2020

Guardas: Collage con imágenes personales y familiares de Marcelino Bilbao a lo largo de los años, también objetos y documentos suyos.
Archivo del autor

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para localizar y recabar la autorización del propietario del copyright de las imágenes que ilustran esta obra, manifiesta la reserva de derechos de la misma y expresa su disposición a rectificar cualquier error u omisión en futuras ediciones.

© Editorial Planeta S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-178-6
Depósito legal: B. 26.791 - 2019
2020. Impreso y encuadernado en España por Black Print

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

Agradecimientos	VII
Mapas	9
Prólogo de Benito Bermejo	7
Palabras iniciales	13

Introducción

El despertar (enero de 1941)	17
--	----

1. Bilbao-Mauthausen (1920-1940)

Bilbao-Francia (1920-1939)	25
Combatiente en la segunda guerra mundial (octubre de 1939- junio de 1940)	32

2. Mauthausen (1940-1944)

Fin de trayecto (13 de diciembre de 1940)	47
KZ Mauthausen	51
Popeye y Enriquito	59
La visita	62
La cuarentena	65
El marino del <i>Jaime I</i>	70

Barraca n.º 18: Al Capone	73
4628	76
Barracón n.º 6: los oficios (enero de 1940).	79
Las SS (finales de enero de 1941).	87
<i>Steinbruch Kommando</i>	91
El barracón	103
La llegada de Razola (abril de 1941)	106
Los judíos (mayo de 1941)	109
<i>Kartoffelkeller</i> (junio de 1941)	114
El Danubio (septiembre de 1941)	121
La fiebre	123
El fútbol	128
Gusen (octubre de 1941)	134
Jalde	140
El <i>Revier</i>	143
Los soviéticos (finales de 1941)	147
Los <i>Kommandos</i> externos (enero de 1942)	150
Cámaras de gas (marzo de 1942).	159
Felipe Martínez (11 de mayo de 1942).	163
Experimentos médicos (abril-julio de 1942).	167
La fuga de Bonarewitz (junio-30 de julio de 1942).	188
Kaltenbrunner (otoño-invierno de 1942).	193
Contrabando (24 de diciembre de 1942)	196
El Seco y el Canario.	206
Los judíos ucranianos y el brigadista internacional	211
Correspondencia con el exterior (25 de febrero de 1943).	213
Experimentos alimentarios (marzo de 1943)	215
Cagancho y Montero (27 y 29 de marzo de 1943).	217
Caruso	223
El Comité de Resistencia	225

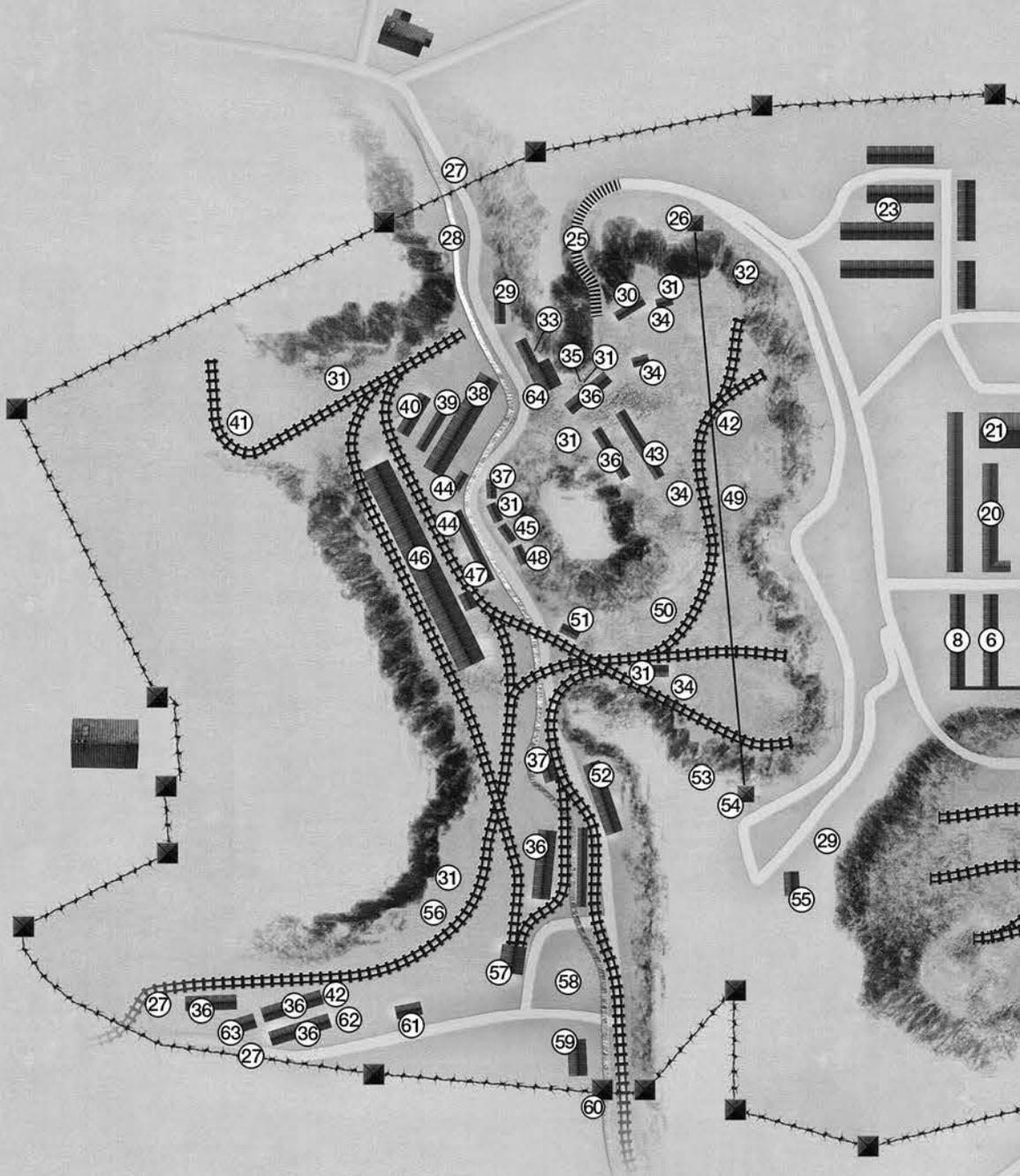
3. Ebensee (1944-1945)

Ebensee (10 de marzo de 1944)	241
<i>Projekt Zement</i>	245
Otto Riemer, Anton Ganz y Lorenz Dähler (marzo-mayo de 1944).	250

Los judíos húngaros (mayo-junio de 1944)	254
Lorenz y King Kong.	256
<i>Stubendienst</i> en el barracón n.º 18.	259
El <i>Magazin</i> (septiembre de 1944).	263
<i>Bomber Kommando</i> (diciembre de 1944)	274
La abuela	276
La resistencia.	281
Los perros y las <i>gamelas</i>	284
La derrota de las SS.	286
Liberación final (6 de mayo de 1945)	290
De camino a Viena (9 de mayo de 1945)	306

4. Francia (1945-2014)

Hotel Lutetia (5 de junio de 1945).	315
Una nueva vida	323
Epílogo	331
Anexos	
Republicanos españoles en la autoadministración presidiaria de Ebensee a fecha de 30-06-1944.	337
Republicanos españoles liberados en Ebensee.	340
Notas	347
Bibliografía	373
Índice analítico	377



 Alambra del perímetro exterior, de doble línea y con ametralladoras en cada mirador.

 Alambra eléctrica con doble línea de alta tensión.

01: Entrada del perímetro exterior.

02: Barracas de las tropas de vigilancia SS.

03: Armería.

04: Patio de los garajes.

05: Kommandantur, jefatura central de Mauthausen y campos satélite.

06: Apartamento de los oficiales SS.

07: Cocina de las SS.

08: Suboficiales y oficiales electricistas.

09: Entrada al recinto de los prisioneros.

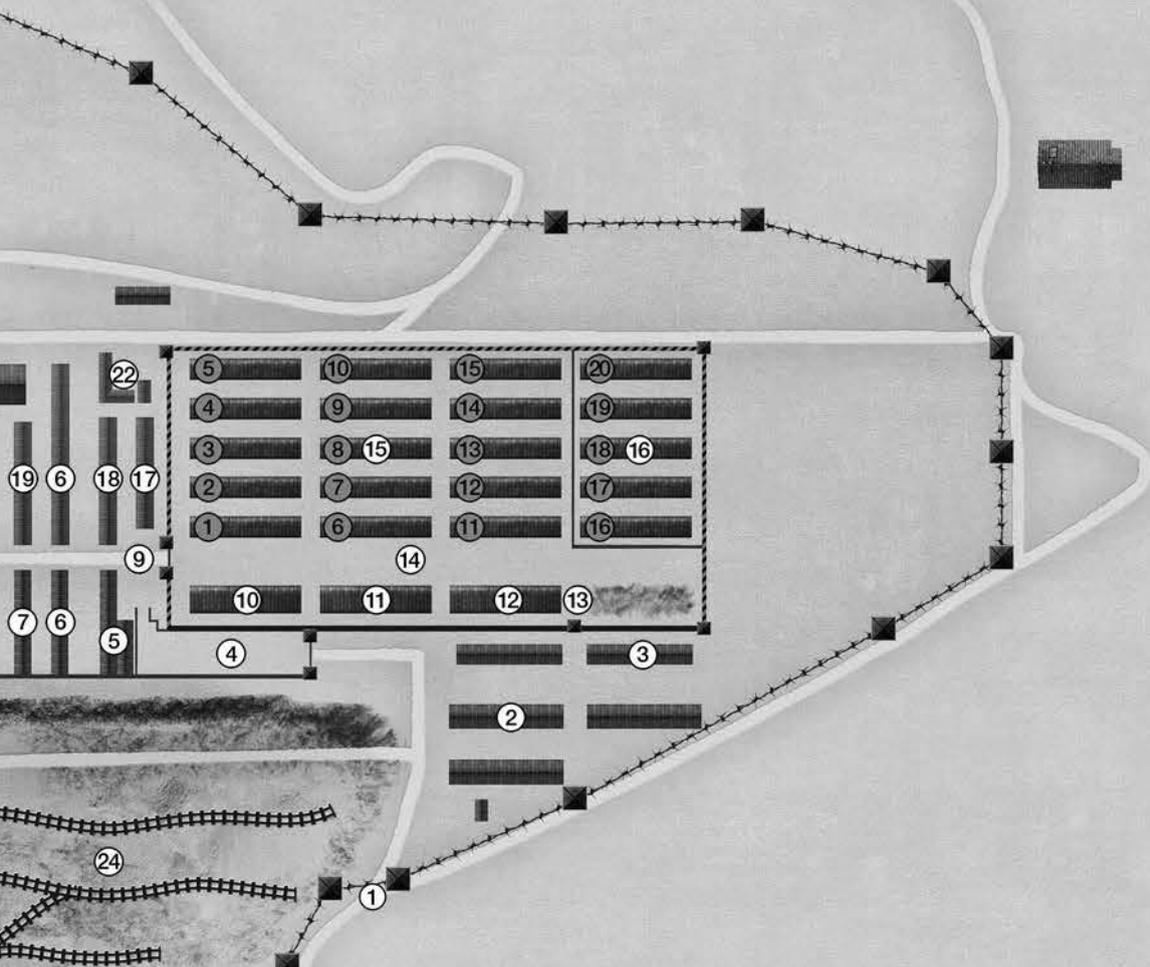
10: Lavandería. En el subterráneo se hallaban las duchas.

11: Cocina de los prisioneros.

12: Prisión, sala de torturas y crematorio. En 1942 se construiría en el subterráneo la cámara de gas.

13: En el subterráneo, los hornos crematorios.

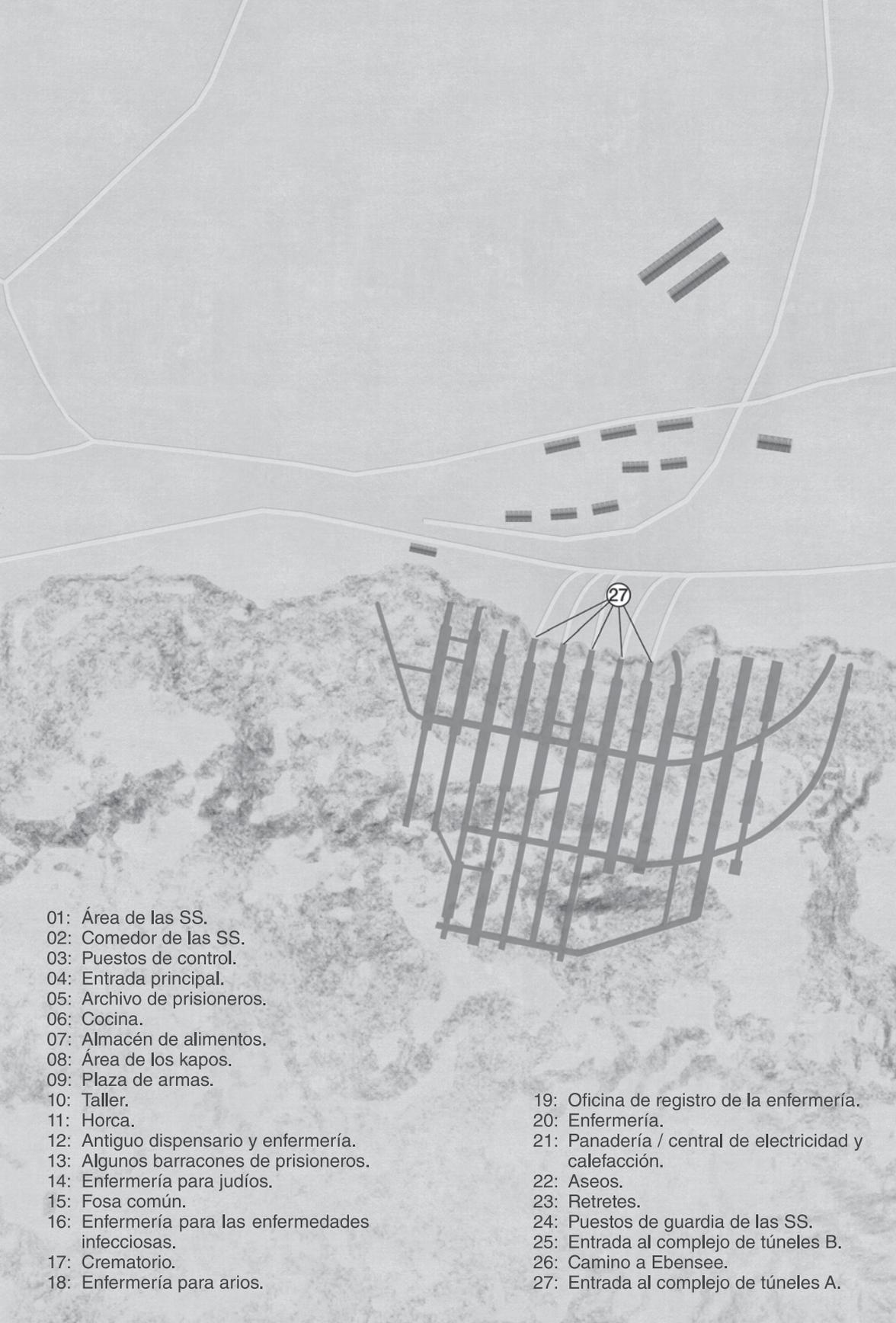
Posible plano de Mauthausen hacia 1941



- 14: Appellplatz, plaza para el recuento de los prisioneros.
- 15: Barracones de los prisioneros, numerados del 1 al 15.
- 16: Área de cuarentena, barracones del 16 al 20. El número 20, conocido como el «barracón de la muerte», funcionaba como enfermería.
- 17: Enfermería de las SS.
- 18: Oficinas de las SS.
- 19: Oficina política (Gestapo).
- 20: Barracas de las tropas SS.
- 21: Almacén de la intendencia de las SS.
- 22: Porquerizas del comandante Franz Ziereis.
- 23: Almacenes de la ropa, sastrería etc.
- 24: Trabajos de aterrazamiento y nivelación en el área occidental del Lager. En octubre de 1941 se levantaría en esta superficie el Russenlager.

Plano de Ebensee 1944-1945





- 01: Área de las SS.
- 02: Comedor de las SS.
- 03: Puestos de control.
- 04: Entrada principal.
- 05: Archivo de prisioneros.
- 06: Cocina.
- 07: Almacén de alimentos.
- 08: Área de los kapos.
- 09: Plaza de armas.
- 10: Taller.
- 11: Horca.
- 12: Antiguo dispensario y enfermería.
- 13: Algunos barracones de prisioneros.
- 14: Enfermería para judíos.
- 15: Fosa común.
- 16: Enfermería para las enfermedades infecciosas.
- 17: Crematorio.
- 18: Enfermería para arios.

- 19: Oficina de registro de la enfermería.
- 20: Enfermería.
- 21: Panadería / central de electricidad y calefacción.
- 22: Aseos.
- 23: Retretes.
- 24: Puestos de guardia de las SS.
- 25: Entrada al complejo de túneles B.
- 26: Camino a Ebensee.
- 27: Entrada al complejo de túneles A.

Viene de la página 3

- 25: Escalera de los 186 peldaños.
- 26: Torre 2 de la grúa de cable.
- 27: Caseta de control.
- 28: Arroyo Rieder que cruza la cantera.
- 29: Subestación.
- 30: Cabaña de picapedrero.
- 31: Alpende.
- 32: El «salto de los paracaidistas».
- 33: Tanque de aire.
- 34: Cabria.
- 35: Búnker de explosivos.
- 36: Cobertizo de cantero.
- 37: Herrería.
- 38: Talleres.
- 39: Guardarropa.
- 40: Hangar de locomotoras.
- 41: Elevador inclinado.
- 42: Carbonera.
- 43: Refugio anti-desprendimientos.
- 44: Afiladuría.
- 45: Tanques subterráneos de petróleo.
- 46: Sala grande.
- 47: Almacén, cerrajería.
- 48: Casa del Kommandoführer.
- 49: Grúa tipo Derrick.
- 50: Búnker de explosivos.
- 51: Cobertizo de locomotora.
- 52: Criba de áridos.
- 53: Cabina de la grúa de cable.
- 54: Torre 1 de la grúa de cable.
- 55: Caseta de las cabrias.
- 56: Forja de campaña.
- 57: Trituradora de grava.
- 58: Almacén de grava.
- 59: Oficina de la dirección.
- 60: Caseta de control / entrada.
- 61: Fábrica de ladrillos.
- 62: Estación de bombeo.
- 63: Aserradero.
- 64: Caseta de los compresores.

Bilbao-Francia (1920-1939)

»» Marcelino vino al mundo en el cinturón industrial de Bilbao, pero nunca supo cuándo, ni dónde. Ni siquiera sabía quién lo había parido. Un hombre tropezó con el recién nacido en la orilla de un río y decidió entregarlo al hospicio. Como él mismo afirmaría años después, este hecho lo acompañaría toda su vida: «Hoy en día, cuarenta años después de haber logrado salir con vida de Mauthausen, gestionar cualquier tipo de documento oficial se me antoja un calvario porque a menudo me piden el certificado de nacimiento o el certificado de bautizo y no tengo nada».

Según decían algunos papeles que encontró en su madurez, se supone que nació el 16 de enero de 1920. José López, un gallego que a los catorce años se había sumado al torrente proletario que fluía en masa hacia las minas de Bilbao, y Dominga Iglesias, inmigrante leonesa, fueron quienes decidieron amparar al niño en su casa de Alonsotegi, en las afueras de la capital vizcaína.

El nacimiento de Marcelino, apenas un año después de que finalizara la primera guerra mundial, coincidió con el fin del viejo orden en Europa. Hasta entonces el mundo había estado dominado por vastos imperios territoriales gobernados por monarquías hereditarias. La nobleza, conectada con la burguesía a través de matrimonios y consejos de administración de empresas y bancos, había ejercido un notable poder económico y político en todo el continente. Esta hegemonía había sido posible gracias a la debilidad de los Parlamentos, elegidos por sufragio restringido, a la corrupción y a la intervención de los monarcas en los Gobiernos.

Este elitista modo de gobernar chocaba con los profundos cambios sociales y económicos que se estaban produciendo desde el último tercio del siglo XIX en

la base de la sociedad como consecuencia de la revolución industrial. Las ciudades más industrializadas de Europa, como Bilbao, contaban con una ingente masa obrera que pedía insistentemente no ser excluida del sistema político y que se encaraba a las privilegiadas élites por medio de nuevas ideologías como el socialismo, el comunismo o el anarquismo. La familia López Iglesias, la adoptiva de Marcelino, era un claro ejemplo de este nuevo modelo social.

Dominga se deslomaba día a día en una factoría llamada Rica Hermanos o en las tareas del hogar pero, aun así, ella y su marido apenas conseguían sacar adelante a su familia. Las obreras como ella no tenían nada, pero tampoco podían aspirar a mucho más. Su familia vivía hacinada en un destartalado piso de alquiler, en funestas condiciones de habitabilidad, en el que, a pesar de sus esfuerzos por el cuidado de la higiene, la aparición de enfermedades infecciosas era frecuente. Y pronto tendrían que mudarse a una casa más amplia, ya que desde que Dominga alumbró a su primera hija no dejó de engendrar, hasta parir un total de veinte. A estos hijos se les sumaría el pequeño Marcelino, acogido en casa gracias a la beneficencia.

La familia López Iglesias no se moría de hambre, pero la comida tampoco abundaba. Poseían un pedacito de tierra de donde poder extraer un complemento a sus míseros salarios y llegaron a tener algún cerdo, aunque para su desgracia sería devorado por los parásitos. A pesar de estas estrecheces, Marcelino se sentía muy querido por quienes le ampararon: Dominga le tenía especial cariño porque el pequeño acostumbraba a leerle el periódico a la luz de la chimenea, cosa que ella no podía hacer por ser analfabeta. Aun así, la instrucción que recibió Marcelino a su paso por la escuela tampoco iría mucho más allá, ya que apenas aprendió algo más que no fuera leer y escribir.

Si bien el nacimiento de Marcelino coincidió con el final del viejo orden y el florecimiento de las democracias parlamentarias en toda Europa, en España la hegemonía de la élite continuó durante la infancia de Marcelino gracias al rey Alfonso XIII, que facilitó la dictadura militarista de Primo de Rivera con el beneplácito de la Iglesia, el Ejército y la burguesía. En el reino español el sufragio universal era inexistente, las relaciones laborales y las condiciones de trabajo estaban reguladas sobre la base de un autoritarismo corporativista y la educación estatal quedaba en manos de la Iglesia. Las discriminaciones por el género, la religión o la clase a la que se pertenecía continuaban vigentes y esto se traducía en una soterrada tensión entre las viejas élites y la sociedad de masas que se había gestado al calor de la revolución industrial.

Precisamente la colisión de estas dos visiones fue el motivo por el que la infancia de Marcelino se truncó a los diez u once años. Según recordaba, el

maestro de la escuela no era un mal hombre, a pesar de que interrumpiera la clase para beber licor de la petaca o azotara a sus alumnos con un latiguillo de doce colas. Pero el párroco del pueblo, «que aparecía por la escuela como si fuera el amo del lugar», era harina de otro costal. «Yo no era más que un mocoso, pero en mi casa eran socialistas y en aquellos tiempos la política jugaba mucho. Por el mero hecho de ser de una familia socialista, para el cura yo ya era un blasfemo. ¡Nada menos que un hereje! A él yo no le importaba para nada.» Así que el cura aprovechó una pelea que Marcelino tuvo con el hijo de un guardiacivil para tratar de fustigarlo y expulsarlo del colegio. De esa manera terminaron sus estudios, jamás volvió a pisar una escuela y de inmediato se tuvo que poner a trabajar. «Eso sí, a consecuencia de aquel incidente decidí que a mí nunca más volvería a controlarme nadie.»

El cura de Alonsotegi tampoco estaba dispuesto a tolerar que las mujeres del pueblo vistieran falda corta, pero su autoridad se vio parcialmente cercenada cuando, en 1931, se derrocó la monarquía de Alfonso XIII y se proclamó la Segunda República, que equiparó el sistema político español con las democracias liberales y republicanas de los países europeos. Sin embargo, eso que a algunos les parecía la «aceptación universal de la democracia» duró muy poco, bajo la amenaza del malestar social, la revolución y el fascismo.

Porque por mucho que se hubiera proclamado la República, con tan solo once años Marcelino tuvo que ponerse a trabajar en la mina La Primitiva, empujando las vagonetas de mineral que los buques se encargaban de transportar a Gran Bretaña. Poco después pasó a faenar en Rica Hermanos, una compañía dedicada a las hilaturas de yute que daba de comer a medio pueblo. Unas mil operarias —casi toda la plantilla eran mujeres— trajinaban elaborando sacos, telares o suelas de alpargata al compás de las máquinas de hilado y sus carretes. «Las condiciones de vida en aquella época no tenían nada que ver con las de la actualidad y las chavalas de mi edad, las de doce años, al salir de la escuela se iban directas a la fábrica. Allí aceptaban mujeres de todas las edades: desde niñas, pasando por las jóvenes de dieciséis, hasta las mujeres adultas. Todas ellas de condición humilde, muchas pobres, sin apenas estudios, porque habían tenido que dejar la escuela como yo», solía rememorar Marcelino.

Para llegar al trabajo cada amanecer, Marcelino remontaba el camino que río arriba conducía hasta una nave industrial de estructura metálica, ubicada en las afueras del pueblo. En su trayecto, el chaval pasaba por delante de una modélica colonia que contaba con un núcleo de viviendas obreras abastecidas de economato, escuela, comedores, ermita y jardín. Se trataba de un conjunto

único en la zona que había levantado años atrás Rica Hermanos en torno a su nave empresarial, y cuyo último fin era estrechar los fuertes lazos de dependencia entre el empresario paternalista y su asalariado mediante la integración del trabajo y la vida privada.

Pero detrás de lo que parecía un modelo de éxito se escondía una realidad inaudita: desde las primeras inspecciones realizadas por el Instituto de Reformas Sociales en 1905, Rica Hermanos había ido acumulando, a lo largo de los años, una multa tras otra por falta de higiene, por hacer trabajar los domingos, por alargar la jornada más allá de las trece horas o por practicar la explotación infantil de niños de once, doce y trece años, sin vacuna ni permiso de los padres, entre otras muchas denuncias. Marcelino mismo sería introducido más de una vez en el interior de unos cestos de mimbre para no ser descubierto por los inspectores, a quienes se trataba de impedir el acceso a las instalaciones. Ni siquiera las viviendas obreras eran confortables, ya que no superaban los 42 metros cuadrados.

Así, trabajando en este crispado ambiente en el que los problemas sociales y económicos se despachaban en el interior de los talleres y pabellones industriales, Marcelino comenzó a recibir las primeras nociones marxistas, de la mano de compañeros que le doblaban holgadamente la edad, lo que despertó en él la conciencia de clase que marcaría en adelante su trayectoria. Las enseñanzas que asimiló leyendo *Euzkadi Roja* no serían de un elevado conocimiento teórico, nunca llegaría a alcanzar un profundo dominio ideológico, como difícilmente cabría esperar de un niño cuya instrucción se había limitado a aprender a leer y a escribir. Sin embargo, el hecho de crecer en la miseria, sin posibilidad alguna de alternativa, lo condujo a la certeza de que solo desde los cambios políticos se podía alcanzar la justicia social que tanto anhelaba.

Esta toma de conciencia política de Marcelino y su paso a la lucha obrera coincidió con los efectos más desastrosos de la crisis económica mundial de 1929, que en España comenzó a manifestarse a partir de 1933, cuando golpeó, por ejemplo, el cinturón industrial de Bilbao y produjo un 25 % de desempleo. A semejanza de la oleada de revueltas e insurrecciones que se habían vivido años atrás en países como Austria, Alemania, Hungría o Italia, en la República española también se reprodujeron algunas rebeliones, como las que protagonizaron los anarquistas en 1933 y los socialistas en 1934. Rebeliones que, en los casos anteriormente mencionados, acabaron en derrotas, aplastadas por las fuerzas del orden, pero que asustaron a la burguesía y contribuyeron a generar un potente sentimiento contrarrevolucionario

que movilizó a las clases conservadoras en defensa de la propiedad, el orden y la religión. Un miedo a la revolución y al comunismo que también redujo las posibilidades de la democracia y las perspectivas de un compromiso social.

El movimiento contrarrevolucionario, antiliberal y antisocialista se había manifestado muy pronto en Italia. Durante la profunda crisis posbélica que sacudió a ese país entre 1919 y 1922, se fue consolidando también a través de dictaduras derechistas y militares en países como Hungría, Polonia, Portugal o Austria, y culminó con la subida al poder de Hitler en Alemania en 1933. Aunque a Marcelino tampoco le hacía falta viajar tan lejos para cerciorarse de la existencia de este movimiento: el propietario de Rica Hermanos, un hombre emparentado por medio del matrimonio con una de las mayores fortunas europeas, concedía el día libre a quien secundara las manifestaciones más reaccionarias.

Pese a todas esas dificultades, a las tensiones sociales y a las divisiones ideológicas, el orden internacional creado tras la primera guerra mundial había sobrevivido casi dos décadas sin serios incidentes. Todo cambió, sin embargo, con la designación de Hitler como canciller en 1933. La Alemania nazi, que junto con Japón e Italia compartía el rechazo a la democracia liberal y al comunismo, ambicionaba un nuevo orden internacional que pusiera el mundo a sus pies. Y la primera oportunidad para alcanzar ese nuevo orden le surgió en España en 1936.

El 18 de julio de 1936 un sector del Ejército español decidió terminar con la frustración política que arrastraba desde el triunfo de la coalición de izquierdas del Frente Popular, producido pocos meses atrás. En principio, los golpistas previeron una acción militar rápida y contundente, de extrema violencia, que descazara de un solo golpe tanto la jefatura del Estado como la dirección de los sindicatos y partidos políticos de izquierda, pasando el poder a manos de una Junta Militar. Sin embargo, una rápida movilización política y social de las clases trabajadoras hizo que el golpe de Estado fracasara.

Marcelino mismo fue movilizado por los anarquistas, a pesar de pertenecer a las Juventudes Socialistas Unificadas, una organización que aglutinaba a socialistas y comunistas. Según recordaba, «yo no era anarquista. Con dieciséis años que tenía no sabía nada de ideologías, pero había pasado tanta miseria en mi vida que, sabiendo que los responsables eran los que apoyaban a los rebeldes, enseguida me lancé a detener la rebelión». No obstante, los golpistas pudieron continuar adelante con sus planes gracias a la decisiva intervención de Hitler y Mussolini, que enviaron a los militares rebeldes los avio-

nes de transporte y bombarderos necesarios para realizar el puente aéreo que trasladaría a 47.000 hombres de la Legión Extranjera y de los Regulares Indígenas desde África a la península ibérica.

En la guerra civil española que siguió a la rebelión, Marcelino luchó integrado en el batallón anarquista Isaac Puento, durante la fase en la que esta se desarrolló en el País Vasco, Santander y Asturias, entre julio de 1936 y octubre de 1937. Allí se curtió bajo el tableteo incesante de las ametralladoras, fue herido un par de veces y llegó a alcanzar el grado de teniente. También fue testigo de las atrocidades que la Legión Cóndor de la Luftwaffe nazi produjo con el bombardeo de Gernika, así como de los experimentos bélicos que realizaba la aviación alemana en el ámbito militar: «De las distintas armas del enemigo era la aviación la que nos infundía el más profundo terror. Sus bombardeos nos hacían enloquecer», recordaría más tarde con amargura.

Tras la derrota de las fuerzas republicanas en el norte, se le evacuó por mar hasta Francia y, en los primeros días de noviembre de 1937, alcanzó Cataluña. Su llegada coincidió en el tiempo con el traslado de la capitalidad de la República desde Valencia a Barcelona, justo cuando la hegemonía del comunismo sobre la República española se hizo más evidente. Paradójicamente, hasta el inicio de la guerra el comunismo había sido una ideología minoritaria y fue la intervención del fascismo internacional quien produjo su auge y consolidación en España. Desde entonces Marcelino combatió encuadrado en la DECA, la rama antiaérea del Ejército Popular de la República, en los escenarios bélicos más significativos: en la batalla de Teruel, en la ofensiva de Aragón o en la batalla del Ebro, por ejemplo. Allí luchó junto con las Brigadas Internacionales, voluntarios de todos los países que habían venido a combatir por el ideal antifascista, y con cuyos integrantes se volvería a encontrar poco tiempo después en Mauthausen. Mientras Marcelino recorría los frentes al mando de la 63.^a Compañía de Ametralladoras Automáticas Maxim, compuesta por tres ametralladoras múltiples atornilladas sobre sendos camiones, los dirigentes republicanos trataban de alargar la guerra para empalmarla con un hipotético conflicto mundial en el que se verían implicados Francia y Gran Bretaña contra la Alemania nazi.

Sin embargo, el nuevo escenario bélico europeo no se produjo, ya que Francia y Gran Bretaña prefirieron claudicar ante la agresiva política expansionista que Hitler estaba llevando a cabo en el corazón del continente, y la Segunda República española acabó siendo derrotada. Así, en febrero de 1939, medio millón de personas, entre las que se encontraba el propio Marcelino, cruzaron la frontera con Francia rumbo al exilio.

La acogida de los exiliados en el país vecino no fue buena. La guerra civil había supuesto una fractura en la sociedad francesa, que resolvía sus problemas internos mirándose en el espejo español. El Gobierno galo optó por delegar en los militares y las administraciones locales las decisiones sobre el alojamiento de los exiliados. Y los militares, a pesar de que contaban con cuarteles y pabellones en los que se podía albergar a unas miles de personas, prefirieron improvisar campos de refugiados como los de la playa de Argelès-sur-Mer, Saint-Cyprien o Gurs, donde estuvo encerrado Marcelino.

Combatiente en la segunda guerra mundial (octubre de 1939-junio de 1940)

» Para entonces, la guerra en Europa parecía inevitable y el Gobierno francés tan solo quería deshacerse del mayor número de refugiados posible, repatriándolos a España o enviándolos a terceros países, preferentemente a Sudamérica. A ojos del Gobierno galo, los exiliados representaban miles de bocas que alimentar y, si no los podía expulsar, al menos intentaría que se alistaran en la Legión para que contribuyeran al esfuerzo de la guerra.

En relación con esta última idea, las autoridades francesas también fomentaron que los refugiados se incorporaran al mercado de trabajo como mano de obra barata. Así, cuando en septiembre de 1939 Francia declaró la guerra a Alemania por invadir Polonia, Marcelino y varios amigos vieron la oportunidad de apuntarse como leñadores con destino a las Landas, porque para entonces habían descubierto con amargura que no podrían embarcar hacia México, por mucho que tuvieran la documentación necesaria. «Cuando pidieron cincuenta voluntarios para talar árboles pensamos que aquel podía ser un buen destino, ya que peor que en Gurs no podíamos estar. Y si la guerra que se acababa de iniciar se complicaba, no nos sería difícil escapar», recordaba Marcelino. De esa manera se subió en la localidad de Tarbes, junto con sus amigos Jalde y José María Aguirre, al tren que los trasladaría a su nuevo destino.

Jalde era el apodo de Ángel Elejalde Bonaetxea, un imponente tiarrón de casi dos metros y 105 kilos, de carácter sereno, al que Marcelino había conocido en el País Vasco durante la guerra. Compartía con Marcelino sus recuerdos de Bilbao, en cuyo barrio de Matiko había nacido. Por otro lado, José María Aguirre Salaberria había cumplido veinte años en Gurs y llevaba casi tres sin haber visto ni a su madre ni a sus hermanos, desde que en septiembre de

1936 cruzaron la frontera entre Irún y Hendaya huyendo de los combates. El paso a Francia de la familia Aguirre Salaberria había sido espontáneo, ya que pensaban regresar a su casa de Irún pocos días después, cuando la línea del frente se hubiera alejado. Sin embargo, Raimunda Salaberria y sus siete hijos menores fueron obligados a montarse en un tren que los llevaría hasta Poitiers, unos seiscientos kilómetros al norte, mientras José Mari y su padre Doroteo eran conducidos a la frontera con Cataluña. En Barcelona, ambos se vieron forzados a alistarse en distintas unidades del Ejército Popular. En plena guerra, Doroteo enfermó y falleció sin que su hijo pudiera velarle; su esposa y los hermanos de José Mari se encontraban en una pequeña villa francesa llamada Châtellerault.

La sorpresa de los tres amigos fue mayúscula cuando, el 12 de octubre, descendieron del tren que los llevaba a las Landas. Según comprobaron, la supuesta tala de árboles había sido un engaño de los franceses para trasladarlos al campo de Septfonds, a unos ochenta kilómetros al norte de Toulouse, donde las autoridades galas estaban concentrando a los exiliados más irreductibles, a aquellos que se resistían a la repatriación o al alistamiento en la Legión: «A nuestra llegada quedamos impresionados por las horrorosas condiciones de vida. Septfonds era un campo infernal. Como consecuencia de la guerra muchos de nuestros camaradas habían llegado a Francia mutilados, sin piernas o sin brazos, y no pocos de ellos sufrían de gangrena, pues el comandante del campo nos obligaba a permanecer a la intemperie y, como era época de lluvias, todos estos camaradas solían estar tirados en el barrizal, en una situación de absoluta miseria. Aquello era criminal, indeseable. En Gurs no teníamos libertad, estábamos presos, pero nadie nos molestaba y nosotros nos encargábamos de que nuestra barraca siempre permaneciera limpia. ¡Pero las condiciones de vida de Septfonds eran desastrosas! ¡Una tragedia!».

Horrorizados por las inhumanas escenas que contemplaban sus ojos, tres días fueron suficientes para que Jalde, José Mari y Marcelino decidieran inscribirse en el Ejército francés como medio de escapar del lugar. Habían logrado sobrevivir a tres años de guerra y apuntarse en otra no parecía la decisión más sensata que pudieran tomar, pero hay que tener en cuenta que, a pesar de que técnicamente tanto Francia como Gran Bretaña se hallaban en guerra con Alemania, por el momento parecía que había cierta predisposición para que el choque armado no se produjera. De esa manera los tres vascos se incorporaron a la 26.º CTE del capitán Pothier y subieron a un abarrotado tren que partió de Septfonds el 25 de octubre cargado con dos millares y medio de excombatientes republicanos, y que tenía como destino la famosa línea Maginot.

Se conocían como «CTE» a las Compañías de Trabajadores Extranjeros, unidades militarizadas creadas para auxiliar al ejército regular en la construcción de obras defensivas, infraestructuras y campamentos militares en las fronteras de Francia. Doscientos cincuenta hombres trabajaban en cada una de ellas a las órdenes de un oficial reservista, que a su vez contaba con la ayuda de antiguos oficiales de la República, que ejercían de intermediarios. En principio se trataba de una digna opción para los exiliados por las buenas condiciones que se les ofrecía, tales como un salario idéntico al de los soldados franceses, un paquete de tabaco al día, la reagrupación familiar o el dejar atrás los indeseables campos de internamiento. Lamentablemente para todos ellos, lo prometido poco tendría que ver con la cruda realidad. Y aunque no está clara la cifra de exiliados que se inscribieron en ellas, se calcula que pudieron ser alrededor de sesenta mil repartidos en doscientos CTE.

El convoy de reclutas viajó a lo largo de un mes, en el que pasaron por el campamento militar de Suippes, hasta que el 24 de noviembre llegó a su destino final, a la frontera franco-alemana de la 6.^a Región Militar, que bajo la dirección del general Requin se encargaba de defender el IV Ejército: «Descendimos en Faulquemont, que, además de ser la última estación de tren, se encontraba a escasos kilómetros del frente de combate. De allí nos llevaron a la famosa línea Maginot, al sector que transcurría por los pueblos de Folschviller, Altviller, Pontpierre, Saint-Avold y Sarreguemines. Al otro lado del frente, apenas un par de kilómetros más allá, se situaba la célebre línea Sigfrido, la fortificación tras la cual se guarecían los alemanes».

Al bajar del tren, Marcelino se encontró con la típica planicie francesa intercalada de unas pocas obras de hormigón armado que se levantaban entre árboles. Según le pareció, acababa de llegar al culo del mundo, un lugar sin ningún tipo de atractivo. Los franceses, en cambio, les habían comentado que su destino sería un imponente sistema de fortificaciones defensivas construidas a lo largo de la frontera oriental, una barrera protectora de cuatrocientos kilómetros de longitud capaz de repeler cualquier ataque alemán. «En septiembre de 1939, el día en que Francia declaró la guerra a la Alemania nazi, el jefe del Gobierno, Édouard Daladier, se dirigió por radio a su pueblo diciendo: “Franceses, dormid tranquilos ya que el Ejército y la línea Maginot velan por ustedes”. Decían que aquello era infranqueable, que contaba con galerías subterráneas y no sé cuántas defensas, pero resultó que todo era mentira. A nuestra llegada no había nada.»

A los dos millares y medio de republicanos se les entregó el chaquetón azul que los soldados galos habían vestido durante la primera guerra mundial y, vigilados estrechamente por dos centenares de guardias móviles y cuerpos

de tropa, pasaron a ser alojados en una antigua y aislada granja que se utilizaba como tejería a las afueras de Morhange. «A partir de aquel momento pasamos a estar militarizados, lo que significaba que a todos los efectos éramos personal militar francés. Sin embargo, y a pesar de que los republicanos superábamos ampliamente en número a los franceses, los militares galos siempre nos mostraron su hostilidad. Eran muy de derechas y se veía que nos odiaban. Desde el primer momento nos dejaron claro que no nos querían y el que peor se portó con nosotros, el más extremista, fue el cura.»

A lo largo de los siguientes seis meses, miles de republicanos españoles serían empleados como albañiles de ocasión en la construcción de casamatas, fortines y blocaos que los militares franceses habían proyectado como parte de su complejo defensivo. Las construcciones se iban levantando en hormigón y el grosor de los muros era el más ancho que se conocía para este tipo de elementos: «Nos hicieron trabajar como burros, todo el día de un lado para otro con la carretilla y los sacos de cemento, levantando enormes muros. Lo peor era que, una vez que se empezaba a construir cualquier elemento, ya no se nos permitía descansar hasta terminarlo. Daba igual que lloviera o nevase, trabajábamos día y noche hasta finalizar lo que estuviéramos haciendo. Luego, cuando se acababa la obra, nos concedían un día de descanso y, a la mañana siguiente, vuelta a empezar con la misma canción. El 80 % de las casamatas de la línea Maginot las levantamos nosotros en esas condiciones, porque, a pesar de lo que fanfarroneaban los franceses con su línea Maginot, hasta entonces no se había construido nada. Y finalmente, cuando llegó la hora de la verdad, toda aquella obra fue inútil».

Pero Marcelino también recordaba que las penosas condiciones de trabajo se sobrellevaban gracias al compañerismo que reinaba entre los antiguos voluntarios de la Segunda República española, al margen de la ideología por la que hubiera combatido cada cual. Pronto nacieron nuevas amistades y con ellos se fueron configurando diversos grupos de amigos, como el quinteto que formaron Jalde, José Mari y Marcelino, cuando se les unieron dos asturianos: Emilio Puente Pérez, un antiguo teniente de las Guardias de Asalto que durante la guerra se había dedicado a dibujar los planos militares del V Cuerpo, y Emilio Valdajos Fernández, un tipógrafo de tendencias libertarias. Estos dos amigos, diez años mayores que Marcelino, eran también cuñados, ya que la mujer de Puente era la hermana de Valdajos.

Hasta el momento, la estancia en la línea Maginot había sido incómoda en cuanto al hospedaje, agotadora debido al trabajo y desagradable en lo que al trato se refiere, pero los exiliados tenían la ventaja de contar con un lugar don-

de les daban de comer y, sobre todo, con participar en una guerra en la que no se combatía. Porque desde septiembre de 1939 tan solo se había luchado en el este de Europa, en el mes que tardaron los alemanes en conquistar Polonia. Sin embargo, después de medio año de calma, el panorama de la Europa occidental dio un inesperado giro en abril de 1940, mientras Marcelino trabajaba en la aldea de Frémestroff, cuando las tropas de Hitler ocuparon las neutrales Noruega y Dinamarca, para luego adentrarse en Bélgica y Holanda.

La ofensiva de Alemania no cogió desprevenido a los Gobiernos de Francia y Gran Bretaña, quienes habían calculado que, como la línea Maginot protegía la frontera franco-alemana, la lucha contra Hitler se desarrollaría en Bélgica y Holanda, evitando para sus países la destrucción que produce cualquier guerra. Pero los dirigentes franceses y británicos erraron de lleno en sus cálculos. En cinco días, los tanques *panzer* del comandante Heinz Guderian arrasaron las escasas defensas belgas y penetraron, como un cuchillo, desde Alemania hasta el norte de Francia. Y la sorpresa franco-británica fue de tal magnitud que la Wehrmacht alemana cercó a más de un millón de soldados aliados en Bélgica, de los cuales tan solo trescientos treinta mil tendrían la suerte de ser evacuados desde la playa de Dunkerque hacia Inglaterra.

«A primeros de junio de 1940, sobre las cinco de la mañana, doscientos o trescientos aviones alemanes sobrevolaron nuestras cabezas lanzándonos gran cantidad de bombas, con las que arrasaron todo a nuestro alrededor. Aquel bombardeo fue el inicio de la ofensiva hitleriana, aunque los españoles continuamos en nuestros puestos, porque apenas se registraba ningún tipo de combate con la infantería enemiga.» La lucha contra los alemanes se estaba librando al norte de Francia y los soldados de la línea Maginot tan solo percibían una tensa calma que a los republicanos españoles, curtidos en la guerra, no les inquietaba. Pero un amanecer llegó la sorpresa: «Ángel Elejalde acostumbraba a inspeccionar la línea del frente cada mañana mientras el resto de la tropa aún dormía. Una vez salió a dar su habitual paseo y de golpe se dio cuenta de que los soldados franceses habían huido abandonándonos a nuestra suerte. ¡Los franceses nos dejaron tirados! Alarmado, Ángel regresó para despertarnos a gritos, lo que dio comienzo a la espantada de todos nosotros».

«La línea Maginot como sistema defensivo fue un fraude, los franceses la entregaron sin pegar un tiro. Los republicanos salvamos nuestras pocas pertenencias y también huimos del lugar. Pero, aunque corríamos como locos, los alemanes se nos echaban encima. ¡Joder! Aparecía la aviación a bombardearnos... ¡Y menudos zambombazos nos pegaban! En la desbandada me perdí de Jalde y José Mari, pero me encontré con Manuel Azaustre y el Valen-

cia, dos nuevos amigos que había conocido semanas atrás. Más adelante, en Bar-le-Duc, llegamos a un puente en el que nos topamos con unos cincuenta senegaleses, miembros de una batería artillera, fusil en mano. Su teniente, oficial del ejército colonial francés, trataba de poner un poco de orden en la caótica huida. Nos señaló por dónde debíamos proseguir la retirada y, siguiendo sus indicaciones, unos cientos de metros más allá reconocí la figura de alguien que se encontraba comiendo sentado. Era Jalde, que comía jamón, impasible: “Pero, ¿qué haces aquí? ¿No te das cuenta de que los alemanes se nos están echando encima?”, le advertí. Pero él me pidió que continuara, que me alcanzaría más adelante, así que hui a todo correr. Poco después escuché un tiroteo que provenía desde aquel punto. Y no supe más de Jalde».

El caos más absoluto se había apoderado de los soldados que corrían en desbandada por aquí y por allá. Según solía recordar Marcelino, se trataba de una huida sin rumbo fijo, una alocada estampida sin orden ni concierto en la que nadie sabía por dónde avanzaba el enemigo ni lo que estaba sucediendo en los demás sectores del frente, si es que tal frente aún existía. La mayoría de los republicanos españoles solo ansiaba alcanzar la frontera de Suiza para ponerse a salvo, pero cuando el 17 de junio los tanques de Guderian llegaron a la divisoria franco-suiza, se esfumó toda posibilidad de huida. Aunque eso los republicanos españoles aún no lo sabían. Como tampoco que en el frente occidental las fuerzas galas estaban siendo evacuadas por mar hacia Inglaterra dentro de la operación Ariel, y que, por tanto, los ejércitos del este de Francia, entre ellos el segundo, en el que se encontraban encuadrados, eran los únicos que continuaban sin capitular ante los alemanes.

«En las proximidades de un municipio llamado Épinal, en la región de los Vosgos, nos fuimos reuniendo una gran masa de soldados conscientes de que los alemanes nos estaban cercando. La cantidad de combatientes en retirada era terrible. En un último acto de desesperación los españoles quisimos tirarnos al monte, pero un oficial francés nos hizo ver la locura que suponía el plan, así que desistimos del todo. Poco después aparecieron dos soldados alemanes montados en un sidecar, que lo único que hicieron fue pegarnos un vistazo y dar media vuelta. Más tarde llegaría el grueso del ejército alemán, haciéndonos prisioneros en Thaon-les-Vosges, en las afueras de Épinal.» El 22 de junio, a la misma hora que los mandatarios franco-alemanes sellaban la capitulación de Francia, quinientos mil combatientes de varias nacionalidades se rendían entre Saint-Dié-des-Vosges y Épinal al invasor nazi, entre ellos algunos miles de republicanos españoles, como Marcelino Bilbao, José Mari Aguirre, Emilio Valdajos o Emilio Puente.

Tras ser apresados, los prisioneros de guerra fueron encerrados en improvisados campos de detención que los militares alemanes denominaban *Frontstalag*. La nacionalidad de los prisioneros poco importaba a los soldados de la Wehrmacht, no hacían distinción entre los franceses, británicos o españoles, aunque apartaron a los soldados coloniales de Francia, todos ellos de piel negra, por temor a las supuestas enfermedades tropicales que pudieran transmitir y para evitar daños en la «pureza de sangre aria». Marcelino probablemente fue encerrado en el *Frontstalag* 121, según él, «un campo de vacas», del cual recordaría con desagrado la lluvia que tuvo que soportar a lo largo de una semana y el hambre que llevaba arrastrando desde que entró en Francia.

En los últimos días de junio, acompañados de un sofocante calor, una enorme columna de decenas de miles de prisioneros caminó durante varias jornadas para completar los 150 kilómetros que separan Épinal de Estrasburgo, pasando por Sélestat. La travesía agotó hasta al más fuerte y los soldados franceses, que caminaban equipados con macutos y otros enseres militares, sufrieron más de un desmayo. Según recordaría Marcelino, la labor asistencial de las monjas alivió el sufrimiento, ya que estas repartieron comida, pero sobre todo bebida, entre la masa de cautivos que se dirigía hacia Estrasburgo. «A nuestra entrada en la capital, unos cuarenta oficiales alemanes de alta graduación nos esperaban, en mangas de camisa, para ver el desfile de prisioneros que transcurriría ante sus ojos. Junto a ellos, vimos a un grupo de fotógrafos militares. Yo caminaba en la marea de prisioneros cuando uno de ellos se me acercó y, socarrón, me fotografió la cara, amenazándome entre risas: “*Nach Spanien!*” [“¡A España!”], queriendo decir que la foto sería enviada a los franquistas. ¡Menudo cabrón! Pero, ¿qué podía hacer yo? Recuerdo que tenía la cabeza rapada al cero y la cara enrojecida por las quemaduras del sol, y de esa guisa me sacó más de una foto.»

Los civiles habían sido evacuados de Estrasburgo antes de la contienda y ahora las autoridades nazis pretendían utilizarla como un enorme *Stammlager* o centro de detención. Ya desde la primera guerra mundial los alemanes solían denominar a este tipo de campo de prisioneros como *Stalag* y los clasificaban en números romanos. Así, el espacio donde encerrarían a los miles de cautivos de Estrasburgo sería conocido como el *Stalag* V-D. Y los prisioneros serían reclusos en diversos puntos de la ciudad. Por eso medio siglo después, José Mari Aguirre recordaría haber sido encerrado en un área de exposiciones, Marcelino en el campo de fútbol de La Meinau y algunos otros camaradas afirmarían haber estado en el cuartel d'Eble o en el de Grand d'Esnon. Una vez instalados, los presos fueron registrados con un número personal, Marcelino

con el 3293, y asignados a un grupo de trabajo específico. Aunque en aquellas primeras jornadas de cautiverio no hubo malos tratos, el hambre que pasaron fue atroz.

«Miles de soldados fuimos agolpándonos en el estadio de fútbol: los primeros en llegar, en las tribunas, y el resto, a medida que estas se abarrotaban, sobre el terreno de juego. En general las condiciones de presidio fueron malas, porque pasamos mucha miseria y nos mataban de hambre. No fueron pocos los compañeros que, desesperados, encendieron improvisados fuegos para cocer las hojas de los árboles y comérselas con las manos. ¡E incluso hubo quien se atrevió con el césped del terreno de juego! Hasta que algunos días más tarde los alemanes trajeron un camión lleno de panes amarillentos, como si estuvieran podridos.»

«Tras varias jornadas en el estadio de La Meinau, donde aún hoy se juega a fútbol, fuimos trasladados a una caserna militar situada en la orilla del río Rin. Era un cuartel inmenso, un conjunto de edificios abandonados con campo de fútbol incluido. A menos de un kilómetro estaba el puente que hacía de frontera franco-alemana, la de Francia con Wurtemberg, en Alemania. Allí nos pusieron a trabajar en la retirada de las alambradas que otros españoles habían instalado para los franceses meses atrás. Los soldados alemanes venían a buscarnos por la mañana, nos llevaban a cortar los alambres de espino que bordeaban el Rin y, después de retirarlos, al atardecer nos volvían a conducir al cuartel sin apenas empujones. Nuestros guardianes eran soldados de la Wehrmacht, el Ejército alemán, y no se portaron mal. O por lo menos no acostumbaban a pegarnos y diría que la actitud de muchos de ellos hacia nosotros era mejor que la de los gendarmes franceses.»

Marcelino también recordaría cómo tuvieron que poner a punto la maquinaria de los pabellones industriales que los franceses habían destruido antes de su huida, entre otros muchos trabajos: «Un día los alemanes pidieron doscientos voluntarios para faenar a orillas del Rin, en el puerto de Estrasburgo, porque según nos informaron necesitaban mano de obra para poder cargar y descargar los barcos que llegaban. José Mari y yo decidimos apuntarnos sin pensar que pudiera ser mejor o peor trabajo que el que solíamos hacer, pero nos llevamos una gran sorpresa al descubrir nuestro cometido. Desde Francia, que en aquellos momentos era uno de los países más prósperos, llegaban camiones y trenes atestados de todo tipo de comida, como champán, jamón, pasteles, vino, cacao, salchichas... ¡De todo! Nosotros tendríamos que vaciar los vehículos y cargar los barcos para mandar todo aquello hacia Alemania. ¡Era increíble! Toda la comida que los alemanes robaban en Francia se cen-

tralizaba en el puerto de Estrasburgo por medio de camiones, trenes... ¡Incluso aviones! Cerca de allí había un aeródromo con camiones para traer los víveres desde los aviones. Nadie vio mejor que nosotros, los republicanos, lo que los alemanes robaron en Francia. ¡De todo y en gran cantidad!».

En los calurosos meses de julio, agosto y septiembre no se había registrado ninguna novedad destacable; los militares alemanes habían respetado la Convención de Ginebra y, a pesar de que los prisioneros ya habían recibido los primeros tortazos, el trato no difería demasiado del recibido por parte de los soldados franceses. Por el momento, parecía que el futuro entre los temidos alemanes, que tantos crímenes habían cometido en la guerra civil, no pintaba tan mal. «Aunque los republicanos españoles éramos prisioneros de guerra franceses, la incertidumbre respecto al futuro más inmediato nos indujo a concebir teorías de lo más inverosímiles y a propagar todo tipo de rumores sobre nuestro posible destino. Algunos decían que nos entregarían a los franquistas, hubo quien se atrevió a aventurar que nos mandarían a América y, aunque probablemente sería mentira, uno de los nuestros afirmaba haber leído en algún periódico que a los republicanos españoles nos trasladarían a París para ocupar el puesto de los franceses en las fábricas que estos abandonaron al inicio de la guerra. Entre las distintas hipótesis que barajábamos, la de París era con la que más partidarios contaba y al final se nos metió en la cabeza que tenía que ser así, que nos mandarían a la capital francesa.» Los prisioneros españoles no se acababan de fiar de los alemanes, pero la hipótesis de París fue ganando adeptos y al final nadie se imaginó que tal teoría podía haber sido concebida por los propios alemanes para mantenerlos en calma.

Cuando llegó el otoño, el control sobre los prisioneros fue haciéndose cada vez más estricto. Por Estrasburgo aparecieron los primeros agentes de la policía secreta nacionalsocialista, la Gestapo, y con ellos se dio inicio a los interrogatorios individuales de los republicanos españoles. En su primera sesión, a Marcelino los agentes de la Gestapo le partieron la cara, le acusaron de mentir y de burlarse de ellos cuando mencionaba como apellido el lugar donde había nacido, «Bilbao». Sin embargo, semanas después le volvieron a interrogar por segunda vez en una sesión mucho más llevadera: para entonces la Gestapo había cotejado con la policía franquista la veracidad de los datos que citaba Marcelino.

Estos interrogatorios coincidieron en el tiempo con la visita que Ramón Serrano Suñer, ministro de la Gobernación y figura emergente del «Nuevo Estado» franquista, realizó a los jefes del Tercer Reich en Berlín. Marcelino supo de este encuentro por boca de un soldado de la Wehrmacht con el que había

confraternizado en el *Stalag*, un soldado que años atrás había vivido en Bilbao y que sentía simpatía hacia los bilbaínos. Según supo, Serrano Suñer, que también era cuñado de Franco, fue recibido por Joachim von Ribbentrop, el ministro de Asuntos Exteriores alemán, por Heinrich Himmler, el jefe de seguridad del Estado, e incluso por el propio *Führer*, Adolf Hitler. Lo que Marcelino desconocía era que el mismo día que finalizó el viaje de Serrano Suñer a Berlín, el 25 de septiembre de 1940, la Gestapo emitió una circular para todas las autoridades del Reich en la que se ordenaba que todo aquel combatiente que hubiese tomado las armas a favor de la Segunda República, español o extranjero, habría de ser enviado a un campo de concentración.

En Estrasburgo, esta orden se cumplió el 11 de diciembre de 1940, cuando los acontecimientos dieron un giro inesperado: «Una mañana un alicantino llamado César,¹ que era músico y un buen jugador de fútbol, nos comunicó que los alemanes habían ordenado que al mediodía debíamos agruparnos, con todas nuestras pertenencias, en el centro del campo del estadio de fútbol. Lo de las pertenencias era un eufemismo, porque en realidad no teníamos nada aparte de una manta, que precisamente esa mañana nos hicieron sacudir y plegar. Cumpliendo las órdenes, al mediodía nos amontonamos en el centro del campo bajo un chaparrón mientras observábamos el trajín de los militares, que no paraban de entrar y salir de sus barracones. Había mucho movimiento, pero los soldados alemanes no mostraban ningún interés por nosotros. Pasaba el tiempo, nosotros nos mojábamos bajo la lluvia pero no había novedades. “Pero, ¿qué pasa? ¿Por qué nos tienen aquí?”, comentábamos desconcertados. Dieron las dos y aún estábamos sin comer. A las tres continuaba lloviendo y nosotros de pie, esperando. A las cinco los soldados de la Wehrmacht aún nos miraban desde el interior de sus oficinas...

»Estábamos completamente calados, empapados, cuando a las seis de la tarde oímos los ladridos de una manada de perros en las inmediaciones del estadio: “¡Guau, guau, guau! ¡Guau, guau, guau!” se oía a lo lejos. Pero como provenían de la calle, tampoco le concedimos especial importancia. Hasta que de golpe, cuando menos lo esperábamos, la enorme puerta metálica se abrió de par en par y una cincuentena de soldados de las SS, metralleta en mano, se abalanzaron sobre nosotros junto con una jauría de veinte perros. ¡Dios! Los perros nos embistieron a dentelladas mientras los soldados nos rodeaban y, a culatazos, nos obligaron a formar. ¡Ni creer que una cosa parecida podía suceder! “¡Guau, guau, guau! ¡Guau, guau, guau!” se nos echaron encima a mordiscos, mientras el pánico se desataba entre nosotros.

»Nos mantuvieron rodeados, aterrorizados, hasta que comenzó a oscurecer y dieron la orden de avanzar. Los perros no dejaban de hostigarnos y los SS nos empujaban, cuando ochocientos cuarenta y seis cautivos salimos apresuradamente del estadio. Aún no éramos conscientes, pero en ese momento dejamos de ser prisioneros de guerra para pasar a ser presos políticos. “¿A dónde nos llevan?”, nos preguntábamos atemorizados. De calle en calle nos condujeron a pie, a la vista de la población civil, por toda la ciudad de Estrasburgo. En nuestra marcha observamos a la gente que se escondía aterrorizada, mujeres con niños que tras cruzar la calle desaparecían a todo correr.

»Pero el trayecto no fue largo, apenas un kilómetro hasta la estación del ferrocarril, donde otros SS, apostados estratégicamente en los cuatro ángulos de cada vagón, aguardaban nuestra llegada para encerrarnos en uno de los trenes que ya tenían preparado. En los furgones se podía leer el rótulo de “ocho caballos, cuarenta hombres”, esto es, que en él cabían el número de caballos o personas indicadas. Pero con la leña que nos metieron los SS, fuimos subiendo hasta hacinarnos más de ochenta por vagón. Los perros no dejaban de mordernos y al que no era un poco hábil para montar los soldados lo apaleaban. Sin sitio para nadie más, cuando el último preso puso el pie sobre la superficie del vagón, corrieron violentamente la puerta, “¡Raaauuummm!” y, una vez cerrada a cal y canto, desde el exterior pasaron a llenar el siguiente. Esto sucedió alrededor del 11 de diciembre de 1940.»

El vagón se había llenado sin tener en cuenta su capacidad y los guardianes no habían previsto nada para combatir la sed, las deposiciones fecales ni para la orina en los furgones. Únicamente se habían molestado en colocar alambre de espino en las ventanas y cerrojos para evitar posibles fugas, a pesar de que la puerta se encontraba candada desde el exterior. «No podíamos movernos y pronto comenzamos a ahogarnos por el calor, pero, a pesar de que el tren no arrancaba, nos mantuvieron encerrados un par de horas más hasta que iniciamos la marcha. Cuando por fin arrancamos, la expectación era máxima, queríamos saber hacia dónde nos dirigíamos y José Mari, que llevaba una muñequera del Ejército Popular de la República, se puso a observar atentamente la dirección que marcaba la aguja de su brújula. Hubo algunos momentos de confusión, pero después de un buen rato concluimos, aliviados, que el convoy se dirigía hacia Francia: “¡Estamos salvados! ¡Vamos a París!” nos decíamos.

»Sin embargo, una hora después, el tren se detuvo. Oímos la aviación, pero para nuestra sorpresa no pasó nada. Y cuando el tren volvió a arrancar, tras una larga parada, vino el desengaño: esta vez el convoy se dirigía hacia

Alemania.» El trayecto del tren era lento, en las próximas jornadas circularía más de noche que de día, sin detenerse en las estaciones y dando muchos rodeos, siempre cediendo el paso a los convoyes de transporte de tropas y de material de guerra, que tenían prioridad. Aprisionados entre los compañeros, ahogados por el calor y sin espacio que ayudara a aliviar las largas horas de pie, el traslado llegó a ser una auténtica tortura.

«Atravesamos la frontera sobre el Rin y horas más tarde llegamos a una ciudad donde el convoy hizo un alto en el camino. Sabíamos que el paisaje exterior se encontraba nevado, pero no teníamos la más remota idea de dónde nos hallábamos, así que se nos ocurrió aupar a uno de los nuestros hasta la ventanilla del furgón. “¿Qué ves?”, le preguntamos. “Estoy viendo a un ferroviario cambiar las vías”, nos respondió. Entonces nuestro compañero comenzó a llamarle y nosotros oímos cómo el ferroviario le contestaba en alemán. El caso es que el camarada conversó con él y le dijo que éramos españoles. Y cuando por fin terminaron y el compañero bajó de la ventana, supimos de lo que hablaron: “No hay duda, ha pasado la mano por la garganta mientras decía que *alles kaputt*, como diciendo que nos van a liquidar”, aclaró. Entonces nos quedamos helados. “Pero, ¿cómo es posible que nos haya dicho eso? Eso significa que sabe a dónde vamos”, nos dijimos.

»El convoy volvió a arrancar y después de otro día de viaje, el tren realizó una nueva parada. Y aquí repetimos la jugada, alzando a un compañero hasta la ventanilla del furgón: “Estamos en una estación inmensa... ¡En un cartel aparece ‘Múnich!’”, dijo el amigo. Era sorprendente, hasta entonces a nosotros ni se nos había pasado por la cabeza que los nazis podían traernos hasta Múnich. Media hora después el tren reanudó la marcha y la siguiente parada sería en una desconocida estación llamada Mauthausen, a donde llegamos de madrugada. Ninguno de nosotros conocía Mauthausen ni su nombre nos decía nada. Porque si lo hubiéramos sabido, desde luego que nos la hubiéramos jugado antes...»

Tras día y medio de viaje, y después de haber atravesado Alemania deteniéndose en varias ciudades, el convoy llegó a una modesta estación austriaca. Los deportados dormitaban, algunos mareados por el hambre o la fiebre, en silencio. En aquel transporte habían viajado junto a Marcelino una serie de personas que, aunque él aún ni siquiera lo sospechaba, llegarían a ser muy importantes en su vida: José Mari Aguirre Salaberria, Emilio Puente Pérez, Emilio Valdajos Fernández, Antonio Arqués Company, Manuel Azaustre Muñoz, José Jornet Navarro, José Perlado Camaño, Felipe Yébenes Romo, José Araque Segovia, Patricio Serrano, Macario Alonso Fernández...